

## LIBRO UNDÉCIMO.

### CAPÍTULO PRIMERO.

DONDE SE RUEGA AL LECTOR, Á QUIEN NO LE GUSTEN LAS FARSAS, NI ALGUNAS CONSECUENCIAS QUE PUEDAN TENER EN POLÍTICA, QUE VAYA Á DAR UNA VUELTA POR DONDE QUIERA.

#### ESCENA PRIMERA.

*Casandro*, distraído, en la parte de adelante de la escena, *Gil* en el fondo del teatro.

CASANDRO. Lléveme el diablo si sé dónde encontrar un criado, dotado al mismo tiempo que de talento y probidad, de un mal estómago, es decir, que posea las tres virtudes teologales de los buenos servidores. Es que cuanto más nosotros caminamos, más camina el mundo, y el caso es, que camina de mal en peor; los buenos criados se hacen raros. ¿Dónde diablos pueden haberse ido? Á algún país en donde no haya amos: ha llegado esto á tal punto, que, con frecuencia he pensado en una cosa: en tomarme á mi mismo para mi servicio. Pero he reflexionado que tengo una avaricia tan crasa, que nunca consentiré en darme los salarios que merezca, y como mi primera condición, cuando entra un criado en mi casa, es no verme obligado á darle de comer, moriría incontestablemente de hambre.

Renunciemos, pues, á este proyecto insensato y busquemos un servidor menos exigente que yo. (*Mirando en derredor de sí.*) Pero ¿qué veo allá abajo? ¡Eh! es justamente un criado; corre como un descosido mirando al aire. ¡Eh! ¡amigo! No me oye, y sigue mirando al aire. ¡Eh! ¡amigo! Esperemos que encuentre algún tropiezo y que caiga. ¡Patatrás! Vele ahí ya en el suelo. (*Yendo hacia Gil y levantándole.*) ¿En pos de qué corres, amigo mío?

GIL. Caballero, bien veis que ya no corro.

CASANDRO. (Justamente; este muchacho está lleno de buen sentido, y soy yo quien me he conducido mal.) Excusadme, he tomado un tiempo por otro. ¿En pos de qué corrias?

GIL. Corría en pos de un pájaro

CASANDRO, *aparte*. (Eso me explica, por qué este joven miraba al aire.) ¿Y cómo se te había escapado ese pájaro?

GIL. Porque había abierto yo la puerta de su jaula.

CASANDRO. ¿Y por qué habías abierto la puerta de su jaula?

GIL. Porque la jaula le sentaba mal al pobre animalito.

CASANDRO. Según lo que veo, ¿estás al servicio de alguien?

GIL. ¡Ah! caballero, después de la desgracia que acaba de sucederme, puedo seguramente mirarme como libre.

CASANDRO. ¡Voto va! Pero en primer lugar, es preciso que yo sepa de dónde sales.

GIL. Salgo de una casa.

CASANDRO. Estoy convencido de ello; pero ¿de quién era la casa?

GIL. De un arzobispo.

CASANDRO. ¿Y qué funciones desempeñabas en casa de tu arzobispo?

GIL. Era primer cocinero.

CASANDRO. ¡Diablo! Entonces debes guisar de lo lindo.

¿Y qué me llevarás?

GIL. ¿Por hacer qué?

CASANDRO. Por estar á mi servicio.

GIL. ¡Oh! estad tranquilo, caballero, os tomaré todo lo que pueda.

CASANDRO. Te pregunto sobre qué pie cuentas entrar á mi servicio.

GIL. Sobre mis dos pies, caballero.

CASANDRO. Entonces, está bien, y creo que nos arreglaremos perfectamente.

GIL. Estoy seguro de ello, caballero

CASANDRO, *mirándole*. ¡Eh! ¡eh!

GIL, *mirando á Casandro*. ¡Eh! ¡eh!

CASANDRO. Tu fisonomía me agrada; el color de tu cabello es de mi gusto; tu nariz me seduce; ahora, veamos si tu canto se parece á tu plumaje.

GIL, *cantando*.

Un suizo al volver de campaña  
de su bello país de Alemania,

CASANDRO. ¿Qué haces?

GIL. ¡Diablo! Habéis deseado oír mi canto, y canto.

CASANDRO. (Este muchacho me es cada vez más simpático.) No es eso lo que yo quería decir, quería dirigirte algunas preguntas para ver si no estás enteramente desprovisto de buen sentido.

GIL. ¡Oh! si no es más que eso, hablad, caballero, preguntad, interrogad. No hay nadie que pueda responderos mejor que vuestro servidor.

CASANDRO. Es verdad, porque hablas mucho. Explicame,

por ejemplo... He olvidado preguntarte cómo te llamabas.

GIL. Me llamo Gil para serviros.

CASANDRO. (Este muchacho es insinuante á más no poder.) Pues bien, entonces, mi querido Gil, explicame ¿cómo es que los peces van al fondo del mar sin ahogarse?

GIL. ¿Y quién os dice, caballero, que no se ahogan?

CASANDRO. Me lo dice, el que después de haber estado en el fondo, vuelven á la superficie del agua.

GIL. No son los que se han ahogado los que vuelven, caballero, son otros.

CASANDRO, *después de un momento de profunda reflexión*. ¡Diablo! podrías, muy bien, en efecto, tener razón.

GIL. ¿Tiene el caballero otras preguntas que dirigirme?

CASANDRO. Seguramente. ¿Cómo es que la luna se acuesta precisamente cuando el sol se levanta.

GIL. No es la luna la que se acuesta cuando el sol se levanta, caballero, es el sol el que se levanta cuando la luna se acuesta.

CASANDRO, *atónito*. A fe mía, no había pensado en ello. ¿Eres, pues, astrónomo, Gil?

GIL. Sí, señor.

CASANDRO. ¿Y con quién has estudiado?

GIL. Con Mr. Galileo Copérnico.

CASANDRO. Un grande nombre... Pues bien entonces, si has estudiado con ese ilustre sabio, podrás probablemente responder á la pregunta que voy á hacerte. ¿Crees que la Providencia haya sido justa conmigo, no dándome más que dos manos, cuando tengo cinco pies y cuatro pulgadas?

GIL. Ha sido mucho más injusta con el asno, caballero, que no tiene más que cuatro pies, y manos ninguna.

CASANDRO, *estupefacto*. (Este joven tiene respuesta para todo.) *Para consigo mismo y acercándose al público*. De-

cididamente creo que he encontrado un muchacho lleno de buen sentido, que será un criado fiel, y del que tal vez pueda hacer también un día un buen yerno, si tiene algunos escudos por su parte. Veamos, respóndeme, Gil.

GIL. No hago otra cosa, caballero.

CASANDRO. Es verdad. ¿Eres joven, Gil?

GIL. ¡Diablo! ya lo creo, á menos que se hayan equivocado al declararme tal en la alcaldía.

CASANDRO. (El galopin no me comprende.) [Te pregunto, si eres célibe.

GIL. Célibe como Juana de Arco.

CASANDRO. ¿Qué quieres decir?

GIL, *misteriosamente*. Quiero decir, que podría arrojar á los ingleses.

CASANDRO. Eso podría servirte en la ocasión; pero no hablemos de política.

GIL. Eso es, caballero, hablemos de filosofía, de anatomía, de botánica, de literatura, de ciencias, de pirotecnia. (*Interrumpiéndose.*) ¿Qué es lo que veo allá abajo?

CASANDRO, *siguiendo la dirección del dedo de Gil*. Es una botella de vino que acabo de hacer que la suban, con intención de refrescarme.

GIL. ¿Estáis vos como yo caballero?

CASANDRO. Tal vez; ¿cómo estás tú?

GIL. Estoy alterado.

CASANDRO. ¡Oh! yo lo estoy siempre.

GIL. Yo despacharía con gusto una copa.

CASANDRO, *aparte*. El galopin está lleno de destreza. (*Alto.*) Pues bien, ahí está eso, Gil, y vamos á charlar echando traguitos, ó á echar traguitos charlando, como quieras. Me pareces un muchacho arreglado.

GIL. Pues bien, en eso os equivocáis, caballero; desde las últimas vendimias estoy todo....

CASANDRO, *interrumpiendo y aparte*. El bribón no me comprende. (*Alto.*) Quería decir, que me parecía que no tenías vicios.

GIL. No, caballero, no tengo más que clavos, y me hacen sufrir mucho.

CASANDRO. Quiero decir que sabes conducirte.

GIL. He sido cochero de coches de alquiler.

CASANDRO. (Cambiamos de conversación, hay ciertos puntos, acerca de los que me parece que el bribonzuelo tiene el talento completamente cerrado.) ¿Has servido mucho, Gil?

GIL. Sí, señor, lo que sin embargo no me impide estar completamente nuevo.

CASANDRO. ¿Y á quién has servido?

GIL. En primer lugar, á mi patria.

CASANDRO. ¿Cómo! ¿has sido soldado, bravo mío?

GIL. Como conserito, sí, señor, durante tres meses.

CASANDRO. ¿Habrás tenido la desgracia de ser herido?

GIL. Lo he sido.

CASANDRO. ¿Dónde, mancebo mío?

GIL. En el corazón. Me ha herido la conducta de mi general.

CASANDRO. ¿Qué ha sucedido pues?

GIL. Ha sucedido que el general nos ha hecho atravesar la llanura en todas direcciones.

CASANDRO. ¡Diablo! tal vez padezca de reuma.

GIL. Lo que hizo que, como no habíamos encontrado un solo enemigo, yo me permití decir que el general había conseguido una gran victoria.

CASANDRO. ¿Cuál?

GIL. Que había *batido* la campiña. De modo que el general me envió á una prisión.

CASANDRO. No te habrá comprendido. ¿Y cuánto tiempo has estado en la prisión?

GIL. Tres años, caballero.

CASANDRO. ¿Y en qué sitio se elevaba tu calabozo?

GIL. No se elevaba, caballero, se hundía

CASANDRO. Comprendo; de suerte que te encontrabas...

GIL. Hundido, sí, señor.

CASANDRO. Quería preguntarte en qué paraje estaba situado.

GIL. Cerca del mar.

CASANDRO. ¿De qué mar.

GIL. Del Mediterráneo.

CASANDRO. Conozco cerca del Mediterráneo una ciudad en donde he estado.

GIL. Yo también, caballero.

CASANDRO, *vacilando*. Se llamaba To... To... To...

GIL, *concluyendo*. Lon, lon, lon.

CASANDRO. Eso es, Tolón. ¡ Ah! pobre muchacho; y tú también has estado en galeras.

GIL. No hay oficio tonto, caballero.

CASANDRO. Es una verdad perfecta. ¿Y á quién más has servido, además de la patria?

GIL. He servido de juguete á una de mis paisanas.

CASANDRO. ¿Que te ha hecho ver países?

GIL. Justamente, caballero, y he comprendido que los viajes que nos obligan á hacer los jóvenes, son mucho más fatigosos que los que se hacen sobre el mar.

CASANDRO. Has debido economizar algo durante tus largos servicios, Gil.

GIL. Sí, caballero, he economizado muchas penas.

CASANDRO. ¡ Estamos de acuerdo! ¿ Pero especies?

GIL. Toda especie de penas.

CASANDRO. (El bribón no me comprende.) Te pregunto si tienes algunas piezas.

GIL. Tengo lleno de ellas mi vestido, caballero.

CASANDRO. ¿ Fondos (1)?

GIL. Llenos mis calzones.

CASANDRO. No es eso. Debes tener algún dinero contante.

GIL. Me contentaría aun más con tener algún dinero.

CASANDRO. (El tuno no me comprende.) ¿ Has echado algo á un lado?

GIL. He echado á un lado las locuras de la juventud. Qué queréis, caballero, se envejece.

CASANDRO. ¿ Á quién lo dices, Gil? Sin embargo, aun no has respondido á mi pregunta.

GIL. ¡ Oh! ¡ bah!

CASANDRO. Te preguntaba si tenías algún dinero colocado.

GIL. ¿ Por qué no os explicabais desde el principio, caballero? Tengo cincuenta escudos de renta vitalicia, después de la muerte de mi tía.

CASANDRO, *maravillado*. ¡ Ciento cincuenta libras de renta! pero ¿sabes que esa es una suma?

GIL. Seguramente que lo sé.

CASANDRO. Pero quiero decir, una hermosa y buena suma.

GIL. Sin duda, comprendo perfectamente; ¿ queréis decir que no es una bestia de carga?

CASANDRO. ¡ Gil!

GIL. ¡ Señor!

CASANDRO. Te propongo una cosa.

(1) Este diálogo está todo él lleno de re truécanos y juegos de palabras intraducibles.

GIL. ¿Cuál?

CASANDRO. ¿Aceptarás?

GIL. Aceptaré, si no rehuso.

CASANDRO. Tengo una hija.

GIL. ¿De veras!

CASANDRO. Palabra de honor.

GIL. ¿De vos solo, caballero?

CASANDRO. La he tenido de mi difunta esposa.

GIL. Entonces, ¿es de vuestra mujer y no vuestra?

CASANDRO. Perdona, Gil, es de nosotros dos. (Este muchacho es tan inocente, que no comprende.) Decía, pues, que tenía una hija bella, virtuosa, casta, y de un carácter muy alegre.

GIL. Entonces, caballero, es una hija de la alegría.

CASANDRO. Busco, hace mucho tiempo, un partido conveniente para ella. Te encuentro por casualidad, y te hago esta proposición: Gil, ¿quieres ser mi yerno?

GIL. Pues bien, no digo que no, caballero.

CASANDRO. ¿Y qué me importa eso, si no me dices que sí?

GIL. Sería preciso antes ver el objeto, caballero.

CASANDRO. Voy á enseñártelo.

GIL. Sí, pero de balde.

CASANDRO. De balde, sin duda. (*Aparte.*) Decididamente es un joven económico.

GIL. ¿Y con qué dote contáis adornarla?

CASANDRO. Con un dote igual al que lleves tú mismo: cincuenta buenos escudos, Gil.

GIL, *alargando la mano.* Tocad ahí, está dicho.

CASANDRO. Entonces, ¿puedo llamar á mi hija?

GIL. Llamadla.

CASANDRO, *llamando.* ¡Zirzabel! creo que estarás contento

GIL. ¿Decís que es hermosa?

CASANDRO. Es exactamente mi retrato.

GIL. ¡Voto al chapiro! No, no, no hay nada de lo dicho.

CASANDRO. Embellecido, se entiende.

GIL. Enhorabuena.

CASANDRO, *llamando más fuerte.* ¡Zirzabel! ¡hola! ¡Zirzabel! Siempre hay que desgañitarse cuando se necesita de esa bachillera. ¡Zirzabel!

## ESCENA II.

*Los mismos é ISABEL.*

*Isabel llega muy despacio, aproxima su boca al oído de su padre y grita.*

ISABEL. Aquí estoy.

CASANDRO. Mala peste en la bribona descocada que ha pensado hacerme morir de miedo.

ISABEL. ¡Diablo! también vos, padre mio, gritáis como un bastón que ha perdido su ciego.

CASANDRO. ¿Por qué no vienes todas las veces que te llamo?

ISABEL. Porque si acudiese todas las veces que se me llama, acudiría con demasiada frecuencia, y sobre todo, iría demasiado lejos. ¿En qué puedo servirlos, padre mio?

CASANDRO. Mira.

ISABEL. ¿Qué?

CASANDRO, *mostrándole á Gil.* Ese lindo joven.

ISABEL. ¿Á ese mancebo?

CASANDRO. ¿Cómo le encuentras?

ISABEL. ¡Oh! es una máscara villana.

CASANDRO. Es tu futuro marido.

ISABEL. ¿Cómo mi futuro marido?

CASANDRO. Sí, acabo de darle mi palabra.

ISABEL. Pues bien, podéis retirársela.

CASANDRO. ¿No te agrada?

ISABEL. ¿Yo casarme con esa cuaresma andando? ¡jamás!

GIL. Estoy flaco, señorita; pero con buena voluntad se llaga á todo.

ISABEL. Con esa figura no se llega más que al hospital, ¿entendéis, mi bello amigo?

CASANDRO, á Gil. ¿Cómo la encuentras?

GIL. Adorable.

CASANDRO. ¡Pues bien! ¡cuernos de macho cabrío! será tu mujer. Te dejo con ella, háblala, entreténla.

GIL. Pero entonces, cuando me haya dejado será una joven hablada, entretenida.

CASANDRO, saliendo. El bellaco no me comprende.

### ESCENA III.

GIL., ISABEL.

ISABEL. ¡Oh! ¡cuán infortunada soy! ¿Cómo mi madre, que tenía la elección de un padre para su hija, ha podido elegirme éste?

GIL. Hacéis mal, señorita Zirzabel, en soltar semejantes injurias contra el ciudadano que es el autor de vuestros días. ¿Es, pues, haceros mal y desollaros, el ofrecer os un hombre galante por esposo?

ISABEL. ¡Yo vuestra esposa! Es decir, ¡vos mi mujer!

GIL. Perdonad, creo que os equivocáis, señorita Zirzabel.

ISABEL. Sí, pero me comprendéis lo mismo. ¡Nunca!

GIL. ¿Sin embargo, si mirándoos entre los dos ojos, con la mano derecha sobre mi corazón y la izquierda sobre la costura de mi pantalón, os confesare que me he sentido súbitamente enamorado?

ISABEL. ¿Y de quién?

GIL. De vos. Mirad, vedme aquí en postura, la mano derecha sobre mi corazón, la mano izquierda sobre la costura de mi pantalón, os miro entre los dos ojos, os amo rabiosamente; querida mía, ¿qué tenéis que responder?

ISABEL. Responderé á esa lisonjera confesión con una confesión exactamente semejante, excepto que será todo lo contrario. Os creo vástago de una noble raza, y pienso que hablo á un caballero francés. Voy, pues, á haceros una confidencia.

GIL. Os escucho con interés. Continúa.

ISABEL. ¿He de ser franca?

GIL. Sedlo.

ISABEL. Desde que os he visto, os he tomado odio.

GIL. ¡Oh! ¡cielo! ¡oh! ¡doble cielo!

ISABEL. Cesad un momento de jurar y dejadme encajaros el resto de mi letanía, caballero. Por una parte, no os amo, puesto que os odio, y por otra estoy enamorada furiosamente de un hidalgo de buena casa.

GIL. ¿Y cuál es el nombre de mi horroroso rival?

ISABEL. Mr. Leandro.

GIL. Le conozco, por señas que le he dado unos bofetones, que nunca me los ha devuelto.

ISABEL, abofeteando á Gil. ¡Pues bien! yo os los devuelvo por él, podéis darle el recibo.

GIL, enderezándose. ¡Voto al chápíro! Señorita Zirza, ¿sabéis que no me dejo pisar los talones?

ISABEL. ¿Tenéis, pues, ojo de perdiz? ¿veis por detrás?

GIL. No ; pero es un modo de decir.

ISABEL. ¡ Oh ! no uséis esos modos conmigo. Os decía, pues, antes del bofetón, y os lo repito después, que amo con pasión á Mr. Leandro. Hemos comenzado á hacernos el amor hacia la mitad de Agosto.

GIL. (Esta joven es una gata.) La mitad de Agosto, ¿ de qué año ?

ISABEL. De 1820 ; ya veis que no data de ayer. Desha- ced, pues, nuestro matrimonio, aunque no sea más que por generosidad.

GIL. ¡ Ah ! ca ! estoy demasiado enamorado de vos para eso.

ISABEL. ¡ Pues bien ! á vuestro gusto entonces, sólo puedo responderos una palabra, y es, que si os casáis conmigo, á fe de joven honrada, que os hago cornudo ; tanto peor, pero vos sois quien me habéis obligado á soltar esa palabra indecente ; pero no me importa, las palabras no huelen mal. (Vase.)

#### ESCENA IV.

GIL. solo.

GIL. ¡ Quién podría nunca creer que esa joven fuese la propia hija !... ¡ cuando digo propia !... del honrado viejo que viene allí ! Representémosle vuestros respetuosos cum- plimientos.

#### ESCENA V.

CASANDRO, GIL.

CASANDRO. ¿ Qué hay, Gil ?

GIL. ¿ Qué hay, señor ?

CASANDRO. ¿ Qué dices de mi fruto ?

GIL. Si he de hablar francamente, lo creo un poco ma- duro.

CASANDRO. ¿ Maduro ?

GIL. Por no decir pasado.

CASANDRO. ¿ Qué significa eso, Mr. Gil ?

GIL. Estoy por lo que he dicho.

CASANDRO. ¿ Te atreverías á calumniar á la virtud misma ?

GIL. ¿ Conocéis á un tal Leandro ?

CASANDRO. Ciertamente que le conozco.

GIL. ¡ Pues bien ! ha cultivado, según parece, vuestro fruto antes que yo.

CASANDRO. Lo sé ; pero como para nada sirve, le he en- viado muy lejos, y se ha ido.

GIL. Es decir, ¿ que os ha hecho creer que se iba ?

CASANDRO. No importa ; tú eres el hombre que he so- ñado, y es preciso que te cases con mi hija.

GIL. No deseo otra cosa.

CASANDRO. Júrame, pues, casarte con ella, y yo te juro por los quinientos diablos y sus mil cuernos, no darla más que á ti solo en el mundo, ni directa ni indirectamente.

GIL. Voy á jurar como un carretero. ¡ Ah demonio ! ¡ ah ! ¡ caramba ! ¡ ah ! ¡ diablo ! ¡ sable de madera ! ¡ nombre de una pistola ! Os prometo no casarme nunca con otra persona, de cualquiera sexo que sea, más que con la señorita Zir- zabel, vuestra hija putativa.

CASANDRO. ¡ Bien jurado, pardiez ! ¡ voto á sanes ! ¡ por vida mía ! Tu juramento me ha puesto el cuerpo como carne de gallina. Te juro, pues, á mi vez, que mi hija Zirzabel nunca será directa ni indirectamente mujer de otro que tú. Voy á llamarla de nuevo y á dictarle mi última voluntad.

GIL. ¿ Vais, pues, á morir, suegro ?

CASANDRO. Quiero decir mi voluntad suprema (*distin-*

guiendo al cartero.) ¡ Eh ! ¡ eh ! ¿ quién nos llega allí ?

GIL, *tapándose la nariz*. En todo caso, no es el perfumista.

CASANDRO. No, es el cartero.

#### ESCENA VI.

*Los mismos y EL FACTOR ó CARTERO, entrando.*

EL CARTERO, *mirando hacia arriba*. ¡ Eh ! ¡ Mr. Casandro !

GIL. Ese hombre parece que os busca.

CASANDRO. ¿ Lo crees ?

EL CARTERO, *mirando siempre hacia arriba*. ¡ Eh ! ¡ Mr. Casandro !

CASANDRO. ¿ Llamáis á Mr. Casandro, amigo mío ?

EL CARTERO. ¡ Peste ! si lo dudáis, por fuerza estáis sordo.

CASANDRO. ¡ La peste para vos ! soy yo.

EL CARTERO. ¿ La peste ?

CASANDRO. El tuno no me comprende, no ; soy yo Mr. Casandro.

EL CARTERO. ¡ Imposible !

CASANDRO. ¿ Por qué ?

EL CARTERO. Porque el sobre de la carta dice : á Mr. Casandro, calle de la Luna.

CASANDRO. Pues bien ; ¿ no estamos en la calle de la Luna ?

EL CARTERO. Pero dice calle de la Luna, número 5, y vos estáis en la calle.

CASANDRO. Eso no importa ; yo soy Mr. Casandro, calle de la Luna, núm. 5, aquí presente, en la calle.

EL CARTERO. No seréis Mr. Casandro, más que cuando estéis en el 5.

CASANDRO. Entonces, voy á subir allá ; permaneced ahí para ver si estoy en el 5.

EL CARTERO. Está bien.

CASANDRO, *saliendo*. El bribón no me comprende.

#### ESCENA VII.

EL CARTERO, GIL.

EL CARTERO. Amigo mío, ¿ conoceríais en el barrio á un sujeto llamado Gil ?

GIL. Un hermoso mancebo de aire noble y figura distinguida.

EL CARTERO. ¿ Es posible ?

GIL. Aquí le tenéis.

EL CARTERO. ¿ Dónde ?

GIL. Delante de vuestros ojos.

EL CARTERO. ¡ Oiga !

GIL. ¿ Agrada ?

EL CARTERO. ¿ Sois vos el que os llamáis Gil ?

GIL. ¿ Dudáis de ello ?

EL CARTERO. Por el retrato que de él hacéis.

GIL. Por fortuna tengo conmigo mi cartilla de servicio.

EL CARTERO. ¿ Y con qué objeto vuestra cartilla de servicio ?

GIL. Están en ella mi nombre y señas, es decir, mi filiación.

EL CARTERO. Veamos la filiación.

GIL, *sacando un papel del bolsillo y leyendo* : Puerto de Tolón. Hum... hum... Yo, el que suscribe, capataz en jefe, hum... certifico... hum... hum... que el llamado Gil, eso es, de veintidos años de edad...

EL CARTERO. Bien.

GIL. Estatura, cinco pies y una pulgada.

EL CARTERO. Bien.

GIL. Nariz de trompeta.

EL CARTERO. Bien.

GIL. Color pálido.

EL CARTERO. Muy bien.

GIL. Cabellos de color de mostaza.

EL CARTERO. Eso es. Vamos, efectivamente, sois Gil.

CASANDRO. *en el número 5.* ¡ Eh ! ¡ cartero !

EL CARTERO. Allá voy. (*Á Gil.*) Dadme diez sueldos.

GIL. ¡ Diez sueldos ! ¿ por qué ?

EL CARTERO. Es el precio de vuestra carta.

GIL. ¡ El precio de mi carta ! ¡ cómo ! ¿ tengo que pagar porque me escriben ?

EL CARTERO. Sin duda.

GIL. Pero me parece que debería pagar el que tiene el honor de escribirme.

CASANDRO, *á la ventana del quinto piso del número 5.* ¡ Eh ! ¡ cartero !

EL CARTERO. Allá voy. (*Á Gil.*) Vamos, alargad vuestros cincuenta céntimos.

GIL. Desconfío de vuestra carta.

EL CARTERO. ¡ Cómo ! ¡ desconfiáis !

GIL. Se han visto máquinas infernales ocultas en las cartas.

EL CARTERO. ¿ Rehusáis una carta cargada ?

GIL. Ya lo creo ; razón más para que la deseche si está cargada.

EL CARTERO. Tanto peor para vos, ¿ comprendéis ? porque son noticias de dinero.

GIL. ¡ Cómo ! ¿ una carta cargada quiere decir noticias de dinero !

EL CARTERO. Sí.

GIL. Yo creía que eran el siete de oros y el ocho de bastos los que significaban dinero.

CASANDRO. *á su ventana.* ¡ Eh ! ¡ cartero !

EL CARTERO. Allá voy.

GIL. Tomad, ahí tenéis vuestros cincuenta céntimos.

EL CARTERO. Gracias.

GIL. ¡ Cómo ! ¡ tiene ocho días de fecha vuestra carta !

EL CARTERO. Ocho días para venir de Pantin, no es demasiado.

GIL. Pero tiene encima : *urgente.*

EL CARTERO. El que la escribe es el que tiene prisa, nunca el que la lleva.

GIL. Está bien, retírate, porque tu caja despide miasmas fétidos.

EL CARTERO. Es que encierra una salchicha con ajo para mi desayuno.

CASANDRO, *con un largo bramante en la mano.* ¡ Eh ! ¡ cartero !

EL CARTERO, *yendo debajo de la ventana.* Aquí estoy.

CASANDRO. Pues bien, ¿ soy ahora Mr. Casandro, calle de la Luna, número 5, quinto piso ?

EL CARTERO. No digo que no.

CASANDRO. Enviadme entonces mi carta.

EL CARTERO. Y vos, enviadme primero tres sueldos.

CASANDRO. Ahí los tienes. *Se los arroja.*

EL CARTERO. Gracias. *Ata la carta á la punta del bramante.* Tirad.

CASANDRO. Bien. *Tira. Ábrese la ventana del primer piso, sale por ella una mano y coge la carta.* ¡ Eh ! ¡ cartero !

EL CARTERO. ¿ Qué hay ?

CASANDRO. ¿ No veis ?

EL CARTERO. Si tal.

CASANDRO. Me roban mi carta.

EL CARTERO. Vuestra carta volaba bien : cuando un ladrón roba á otro, el diablo no hace más que reírse.  
*Vase.*

CASANDRO. El perillán no me comprende. Bajo al primer piso, y reclamo mi carta. *Vuelve á cerrar la ventana.*

### ESCENA VIII.

GIL solo.

GIL. ¡ Ah ! ahora que estoy solo, estudiemos en paz lo que se me anuncia en esta epístola.

*Abre la carta y lee :*

« Tengo el honor de anunciaros, que la salud de Benjamín, vuestro tercer nieto, se halla enteramente restablecida. Se halla ahora como el árbol llamado encanto. No podría explicaros mejor mi pensamiento. »

*Interrumpiéndose.*

Es particular, no creía haber sido siquiera padre en mi vida ; ¿ cómo es que soy abuelo ?

No importa, esto se aclarará tal vez ; continuemos

« ¿ No sería tiempo, al fin, de que diéseis vuestro consentimiento, para un matrimonio consumado, sin vos saberlo, hace siete años ? Debo confesarlo, aun cuando esta confesión debiera hacer que cayesen vuestros cabellos blancos. »

¡ Bueno ! Tengo cabellos blancos ahora. Azules, verdes, negros, amarillos ó rojos, de todos los colores que quieran ; pero blancos, protesto.

No nos desanimemos.

Continuemos :

« ¿ No es deplorable, que cuando sabéis que la señorita, vuestra hija, es madre de tres hijos, penséis en casarla con ese imbécil Gil ? »

¿ De quién habla pues ?

« Espero vuestra respuesta, anunciándoos que acabo de recibir una pequeña herencia de doscientas libras de renta, que nos permite vivir á Zirzabel y á mí uno al lado del otro, en una comodidad modesta.

» Respondedme á vuelta de correo.

» Vuestro afectísimo,

» LEANDRO. »

GIL, *reflexionando.* Pero no, no, no es posible ; si fuese realmente el padre de mi hija, y por consiguiente fuese el abuelo de sus tres niños, no es posible que pensase en casarla con otro que con el padre de esos tres infortunados.

¿ Con qué derecho, pues, ese Leandro se permite decir que soy padre ? y desde el momento que lo dice, ¿ con qué derecho pone en duda mi ternura paternal ?

*Reflexionando y golpeándose la frente.*

Pero se me ocurre una cosa ; ¿ si el el cartero me habrá dado una carta que no fuese para mí ?

*Mira el sobre.*

¡ Voto al chápiro ! dicho y hecho, no era el despacho para mí.

« Á Mr. Casandro, calle de la Luna, número 3, quinto piso. »

¡ Á Mr. Casandro ! ¡ Ah ! ¡ ah ! ¡ Así que, ese viejo Panduro quería hacerme casar con su casta hija, madre de tres hijos, de los que el último se llama Benjamín !

¡ Pero ese viejo es verdaderamente un solemne estafador y un pillo !

Allí está. No dejemos transpirar nada de nuestra indignación, y veamos, interrogándole, hasta dónde lleva su estafa y su maulería.

### ESCENA IX.

GIL Y CASANDRO.

CASANDRO, leyendo. « Tengo el honor de daros parte de la pérdida dolorosa que acabáis de experimentar en la persona de Amenaída Lamponisse, vuestra muy amada tía, que murió ayer á la edad de setenta y seis años. »

*Interrumpiéndose.* ¡ Es particular ! yo nunca he tenido tía, ¿ cómo es que haya muerto y en la flor de la edad ?  
¡ En fin, pasan cosas tan extraordinarias !

Continuemos :

« Os anuncio al mismo tiempo que no hay que contar con las ciento cincuenta libras de renta de vuestra susodicha tía ; ha creído oportuno desheredaros en provecho de un carnicero de Sainte-Menehould. »

Es extraordinario, parece que esa tía, que nunca la he tenido, y que sin embargo la tenía, me ha desheredado en favor de... ¡ qué mamarracho !

No nos desanimemos.

« Os dice, sin embargo, que si os agradase pagar las deudas de la señorita vuestra tía, que ascienden á la débil suma de 150.000 libras, quince sueldos y diez dineros, el salchichero de Sainte-Menehould os dejaría gozar, sin

discusión, las ciento cincuenta libras de renta que hereda en lugar vuestro.

» Tened, pues, á bien al recibo de la presente, enviarme vuestra aceptación ó vuestra repulsa.

» Vuestro afectísimo servidor,

» BOUDIN DE LA MARNE.

» Sainte-Menehould, San Giacomó Street, antiguo número 9, ahora 11. »

No comprendo muy bien antiguo número 9, si, dicho de otra manera, el antiguo número es el 9, y el nueve es ahora 11.

¡ Ah ! ¡ ah ! ¿ pero qué es lo que me dice aquí ese notario ? heredo, y no heredo ; el número viejo es un número nuevo, y el número nuevo es un número viejo : ¿ de dónde pudo haber tomado todo lo que dice, y con qué derecho se permite tratar á un vecino de París lo mismo que si fuera de Sainte-Menehould ? Ciertamente no dejaré de responderle, aun cuando su familiaridad no merezca más que mi desprecio.

*Reflexionando.* Pero pienso en una cosa ; ¿ si ese truhán me habrá dado una carta que no fuese para mí ?

*Mira el sobre.* « Á Mr. Gil, boulevard del Temple, bajo la gran aguja del cuadrante azul. »

Así que, el tuno se había lisonjeado de tener una renta vitalicia que no debía poseerla jamás.

¡ Pero ese bribón es un intrigante de *primo cartello* !

Contengámonos, sin embargo, y dirijámosle algunas preguntas diestras, para saber hasta dónde lleva el disimulo.

Á Gil, que aguarda á que haya concluido :

CASANDRO. ¡ Hola, querido Gil !

GIL. ¡Hola, querido suegro!

CASANDRO. ¿Estás contento con la noticia que te da la carta que acabas de recibir?

GIL. ¿Se os anuncia algún feliz suceso en el despacho que acaban de entregaros?

CASANDRO. Sí, estoy bastante satisfecho.

GIL. ¡Ah! tanto mejor, ¿y qué os dicen?

CASANDRO. Me dicen de Vaugirard, que la cosecha del vino será hermosa, porque llueve hace ocho días; parece que la tierra necesitaba agua.

GIL. Es asombroso, me dicen lo mismo de Montmartre; parece que la cosecha de patatas será buena, porque está el tiempo seco hace ocho días; parece que la tierra necesitaba sol.

CASANDRO. ¿Gil?

GIL. ¿Señor?

CASANDRO. ¿Puedes explicarme ese fenómeno atmosférico? ¿Cómo es que el sol, favorable á los terrenos de Montmartre, sea hostil á las llanuras de Vaugirard?

GIL. Nada más sencillo, caballero; es que Vaugirard está al Mediodía, y Montmartre al Norte. Las llanuras de Vaugirard, secas por el sol tropical, necesitan humedad para ser fértiles, mientras que los terrenos llenos de nieve que circundan el pico de Montmartre, necesitan sol para ser fecundos. Todo es lógico en la naturaleza.

CASANDRO. ¡Orden admirable!

GIL. ¡Vasto universo!

CASANDRO. ¡Bondad divina!

GIL. ¡Misterio profundo!

CASANDRO. Todo se coordina.

GIL. Todo se encadena.

CASANDRO. ¡Armonía maravillosa!

GIL. ¡Creación sublime!

CASANDRO. Lis Thales...

GIL. *Talis pater, talis filius.*

CASANDRO. Lis Eudoxia.

GIL. Sí; pero hablemos de otra cosa.

CASANDRO. ¿De qué quieres hablar?

GIL. Hablemos de vos, suegro.

CASANDRO. Hablemos de ti, yerno mio. ¿Estás bien seguro de heredar á tu tía Amedaida Lamponisse?

GIL. ¡Calla! ¿conocéis el gran nombre de mi pequeña tía? No, quiero decir ¿el pequeño nombre de mi gran tía?

CASANDRO. Sí, lo sé.

GIL. Y cómo lo sabéis?

CASANDRO, *solemnemente.* Te lo diré en pocos minutos; pero responde previamente á mi pregunta. ¿Cuentas con ciento cincuenta libras de renta?

GIL. Y vos, suegro, ¿contáis con hacerme casar con vuestra casta hija?

CASANDRO. ¿Dudarías de la castidad de mi única hija?

GIL. ¡Peste! estoy lejos de dudar de ella.

CASANDRO. ¿Lo que significa?...

GIL. Que lo sé todo, viejo bribón.

CASANDRO. Yo también lo sé todo, joven intrigante.

GIL. ¿Cómo lo sabéis?

CASANDRO. No se trata aquí de jugar al escondite; vuestra tía Lamponisse os ha desheredado completamente.

GIL. Vuestra hija Zirzabel es madre de tres hijos varones, de los cuales, Benjamín, el más pequeño, va mucho mejor.

CASANDRO. ¿Va mejor?

GIL. Mucho mejor, caballero, y me complazco en comunicaros esta noticia.

CASANDRO. ¿Por dónde has sabido el restablecimiento de mi nieto?

GIL. Por esta carta. Y vos, ¿por dónde habéis sabido la muerte de mi tía Amenaida?

CASANDRO. Por esta carta.

GIL. Dadme la mía, y os daré la vuestra.

CASANDRO. Es muy justo; aquí está.

GIL. Aquí está la vuestra.

(*Cambian las cartas y leen.*)

En aquel momento de la función, hizose un silencio tal en la multitud, que apenas se oía la respiración de los espectadores, como si se hubiese estado al final de un cuarto acto lleno de interés.

Tocábase al desenlace, y los personajes de las capas, á los que hemos visto llegar los últimos, con los ojos fijos sobre el payaso, parecían aguardar aquel desenlace con la más viva impaciencia.

Mientras tanto, leían los dos personajes, lanzándose miradas furibundas.

Leídas las cartas, repuso

CASANDRO. ¿Has concluido de leer?

GIL. Sí, señor, ¿y vos?

CASANDRO. Yo también.

GIL. Entonces, debéis explicar por qué no seré vuestro yerno.

CASANDRO. Entonces debes explicarte, por qué no contínuo ofreciéndote la mano de mi hija.

GIL. Entonces, os tornáis en un padre serio, y no tengo motivo alguno para no permanecer á vuestro servicio.

CASANDRO. Sí; pero como cuento con retirarme al lado de mi yerno, y ya tiene él un criado, comprendes que no

puedo llevarle otro. No te arrojé pues, Gil, sólo te despido.

GIL. ¿Sin darme nada?

CASANDRO. ¿Quieres una lágrima de pesar?

GIL. Cuando se despide á las gentes, caballero, se las despide con algo.

CASANDRO. Por eso te despido con todos los respetos debidos á tu rango.

GIL. ¿Y no os avergonzáis de haberme hecho perder una parte del día en oír vuestras necedades, viejo astuto?

CASANDRO. Tienes razón, Gil, y esa palabra me recuerda un proverbio.

GIL. ¿Cuál, caballero?

CASANDRO. Que todo trabajo merece recompensa.

(*Echa mano á su bolsillo; Gil alargó la mano.*)

GIL. Enhorabuena.

CASANDRO. ¿Tienes dinero, Gil?

GIL. No, señor.

CASANDRO, *alargándole un puntapié en el trasero.* Entonces guárdate eso.

Iba á concluir allí la función, y ya Casandro saludaba respetuosamente al público, cuando Gil, que parecía meditar una gran resolución, al ver á Casandro inclinado, tomó de repente su partido, y respondió alargando á Casandro un puntapié, que le envió en medio de los espectadores.

— Á fe mía que no, caballero, las buenas cuentas hacen los buenos amigos.

Casandro, en el colmo del asombro, se levantó y buscó á Gil con la vista; pero Gil había ya desaparecido.

En aquel momento, hubo un gran movimiento en la multitud; los hombres de las capas se hablaron unos al oído de los otros.

— Se lo ha dado, se lo ha dado, se lo ha dado.

En seguida, saliendo de la multitud, pasaron cerca de diferentes grupos diciendo:

— Es para esta noche.

Y las palabras: es para esta noche, circularon como un murmullo por todo lo largo del boulevard.

En seguida se vió á los hombres de las capas entrar, los unos en la calle del Temple, los otros en la de San Martín, éstos en la de San Dionisio, aquéllos en la de la Poissonniere, en un palabra, dirigirse todos hacia el Sena por diferentes caminos; pero como hombres que no deben tardar en volver á encontrarse en el mismo paraje.

## CAPÍTULO II.

### LA CASA MISTERIOSA.

Un hombre que no hubiera tenido otra cosa mejor que hacer que observar lo que pasaba en la calle de Postas de ocho á nueve de la noche, es decir, dos horas después de la representación, que tal vez hemos cometido la falta de contarla á nuestros lectores con demasiada extensión, no hubiera perdido ciertamente el tiempo, por poco que le gustasen las aventuras nocturnas y fantásticas.

Como suponemos que el lector, desde el momento que se une á nosotros, no es enemigo de esas mismas aventuras, vamos á suplicarle que nos acompañe al lugar á que transportamos nuestra cámara negra, y vamos á hacer que desfilen por delante de él una multitud de personajes, no menos misteriosos que las sombras chinescas de las linternas mágicas.

Ya hemos dicho que el teatro está situado en la calle de Postas, muy cerca del callejón de las Viñas, á algunos pasos del *Pozo que habla*.

La decoración representa una casita de un solo piso, con una sola puerta y una sola ventana que da á la calle.

Tal vez tenía otras puertas y otras ventanas; pero aquellas puertas y aquellas ventanas daban sin duda á un patio ó á un jardin.

Eran las ocho y media de la noche, y las estrellas, esas violetas de la noche, celebraban, al reaparecer á las miradas de los hombres más brillantes que nunca, como las violetas, esas estrellas del día, las primeras horas de la primavera.

Era aquella, en verdad, una noche bella, clara y luminosa, serena y dulce como una noche de estío, una noche de primavera también, una noche de poeta ó de enamorado.

Se experimentaba una especie de voluptuosidad en pasearse durante aquella primera noche templada, y sin duda, para abandonarse á ese sentimiento lleno á la vez de voluptuosidades ideales y sensuales, un hombre envuelto en un gran redingote negro se paseaba hacia cerca de una hora de arriba abajo por la calle de Postas, ocultándose en el ángulo de las casas, ó en los batientes de las puertas cuando alguno pasaba.

Sin embargo, al pensar en ello, se explicaba difícilmente que aquel amante de la naturaleza hubiera elegido, para regocijarse con las primeras brisas primaverales una calle tan desierta, y sobre todo tan fangosa, como era en aquella época la calle de Postas; porque aun cuando no hubiese flovido hacia una semana, la calle de Postas, como esas calles de que se ha hablado en el libro titulado *Nápoles sin sol*, parece haber obtenido, sin duda por intercesión de